

# Sección Bibliográfica

## ECOLOGIA, POLITICA Y OTROS MALENTENDIDOS

En estos últimos años el problema de la conservación del medio ambiente ha llegado a convertirse en una grave preocupación de alcance universal. Premonitoriamente, un genial novelista inglés, Charles Dickens, escribió en el siglo pasado una impresionante novela, *Hard times (Tiempos difíciles)*, en la que atacaba con virulencia a quienes habían empezado a transformar los verdes prados de su amada Inglaterra en una inconcebible montaña de basura. En su prólogo a esta memorable novela, Gilbert K. Chesterton impugnó el pesimismo dickensiano. Lo consideró abusivo e infundado. «Dickens —observó— de alguna manera extraordinaria ha visto los aspectos negativos de la política inglesa. Pero no los positivos.»

Un siglo después de la aparición de esta novela, los flemáticos vecinos de Londres pudieron constatar cómo los hechos corroboraban de una manera singularmente eficaz estas negras profecías del más grande de sus novelistas. La palabra *smog* fue usada por primera vez en 1950 por el doctor H. A. Voeux para describir la combinación de *smoke* (humo) y *fog* (niebla), que en las áreas urbanas puede tener consecuencias desastrosas. En diversas ocasiones la presencia de *smog* en la atmósfera ha provocado verdaderos desastres. En una de ellas, en 1952, una espesa niebla cubrió la ciudad de Londres durante varios días. Murieron tres mil londinenses. Vale la pena señalar que este dato estadístico nunca ha sido impugnado por su exageración, aunque sí, en cambio, por su posible parquedad.

Inglaterra, la cuna de la revolución industrial, fue el país que primero conoció las terribles consecuencias de la contaminación del medio ambiente. Pero los críticos de las atrocidades o perfidias británicas suelen habitualmente pasar por alto algunos hechos fundamentales. Por ejemplo, Inglaterra fue también la cuna de los dos primeros escritores que impugnaron este asesinato de la ecología, este *ecocidio*, como han dado en llamarlo los especialistas del ramo. Uno de ellos fue el novelista, ya mencionado, Charles Dickens, autor de dos grandes novelas ecológicas, *Hard times* y *Bleak house*. El segundo fue un

gran poeta, William Blake, quien en una de sus más proféticas páginas impugnó radicalmente, hace ya casi dos siglos, la naturaleza alienante de la sociedad industrial.

Pero también ha sido Inglaterra la cuna de la legislación contra la contaminación atmosférica. La Clean Air Act (Ley de limpieza del aire) de 1956 prohibió una serie de usos del carbón y estableció zonas libres de humo, en las cuales quedó absolutamente prohibida la utilización de carbón no tratado. Desde entonces el Gobierno británico ha continuado con la adopción de medidas destinadas a poner remedio a este intolerable problema. Las consecuencias están a la vista. Tras décadas de ausencia, los peces han reaparecido en el viejo Támesis, y hoy los londinenses pueden disfrutar de un cincuenta por ciento más de luz solar durante los meses invernales que hace apenas una década.

La relativa eficacia de estos programas llevados a cabo en Inglaterra muestra cómo la solución al problema existe, aunque ésta entre a menudo en contradicción con la esencia misma de la sociedad capitalista: el concepto de rentabilidad. En efecto, un número determinado de inversiones adicionales en la industria, a fin de reducir el margen de contaminación llevaría a un encarecimiento de los productos. Virtuosamente, aquí el capitalista, al oponerse a estas nuevas inversiones, simula asumir la defensa del consumidor. De todos modos, él siempre ha habitado en alguna zona residencial no contaminada.

Con el objeto de contestar a estas triviales peroratas seudofilantrópicas, en enero de 1972 un grupo de científicos ingleses, varios de ellos ganadores del premio Nobel, publicó una extensa declaración, aparecida ahora en castellano bajo el título *Manifiesto para la supervivencia* (1). Su tono es categórico: «El defecto del modo de vida industrial —dice en sus páginas iniciales— es el de ser insostenible. Al menos que una minoría atrincherada siga prestándole apoyo durante algún tiempo —a costa de infligir grandes sufrimientos al resto de la humanidad—, su ocaso será inevitable dentro de la próxima generación. Pero, aun en el caso de que reciba dicho apoyo, podemos estar seguros de que tarde o temprano el modo de vida industrial sucumbirá; lo único dudoso es el momento y las circunstancias exactas de su derrumbamiento.»

Este *Manifiesto para la supervivencia* ha sido elogiado por numerosos sectores y violentamente atacado por otros. El carácter de estos ataques puede ayudar a situar la cuestión en sus justos términos. Se trata de un documento político, aseguran sus detractores. En efecto, ataca el mito del crecimiento económico. En efecto, ataca el mito del

---

(1) EDWARD GOLDSMITH, ROBERT ALLEN, MICHAEL ALLABY y SAM LAWRENCE: *Manifiesto para la supervivencia*, Alianza Editorial, Madrid, 1972.

PNB (Producto Nacional Bruto). ¿Pero qué es el PNB? Es la suma de las riquezas creadas por una nación en un período dado, lo que permite determinar la renta *per capita* de sus habitantes. ¿Es ilícito atacar la divinidad de este concepto?

Por ejemplo, una firma norteamericana fabrica una docena de bombarderos. El costo de fabricación de estos bombarderos entra en el PNB. Otra firma produce un centenar de bombas de napalm. El costo de fabricación de estas bombas entra en el PNB. Los bombarderos arrojan las bombas de napalm en el Vietnam. El costo de la operación entra en el PNB. Desde el punto de vista de los tecnócratas de la Tesorería General de los Estados Unidos, todo esto ha contribuido a acrecentar la riqueza del país. Las vidas cercenadas por las bombas, en cambio, los cultivos destruidos, los conflictos de conciencia que este genocidio haya podido suscitar en algunos ciudadanos, todo esto no entra para nada en los cálculos de los economistas. ¿Se trata de un concepto realista o de un desvarío de alguna mente profundamente enloquecida? ¿Qué clase de concepto es éste que excluye el sufrimiento, las nociones éticas, los valores morales, las vidas humanas arrasadas?

El problema está claro. El PNB es un concepto esencialmente *político*. Una idea aberrante que permite computar como creación de riqueza las actividades de una industria contaminadora y también las erogaciones gubernamentales para limpiar la suciedad. Esto es lo que hace que a menudo los informes pomposamente denominados *técnicos* sobre la materia tropiecen con un obstáculo insalvable: su inutilidad. Se limitan a la manipulación de datos. Hablan incluso de la posibilidad de que se agoten las reservas de feldespato. Para nada aluden a la posibilidad de que se agoten la dignidad y la libertad. Lo fundamental, como viene a señalar este *Manifiesto para la supervivencia*, no es un cambio cuantitativo, sino un cambio cualitativo de la noción misma de crecimiento.

En el año 1971, el secretario general de la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano, el canadiense Maurice F. Strong encargó a dos especialistas, Bárbara Ward y René Dubos, la redacción de un informe *no oficial* sobre la situación del planeta. Este fue preparado con la ayuda de un Comité de Consultores, formado por 152 miembros de 58 países. Dicho informe, titulado *Una sola tierra* en su versión castellana (2), tiene un valor esencial: el de ser quizá la obra más completa publicada sobre el tema hasta la fecha. A la vez, adolece de una limitación inevitable: es una visión

---

(2) BARBARA WARD y RENÉ DUBOS: *Una sola tierra*, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

global; debe contentar simultáneamente a todas las partes: a los Estados Unidos y Mauritania, al marinero y al beduino, al contaminante y al contaminador.

Y el resultado está claro: no contenta a ninguna de las partes. Su conclusión central es acomodaticia: todos somos culpables. Son culpables por igual el obeso plutócrata que desde su confortable despacho en Wall Street inunda de porquerías la región de los Grandes Lagos como el campesino analfabeto que en las colinas de Punjab trabaja una tierra árida y hostil para arrancarle unas pocas espigas de cereal. La conclusión del lector también está clara: no es con obras como ésta como se llegará a despertar la conciencia de un planeta amenazado por las actividades de una élite que lo ha apostado todo a la consumación de unas mezquinas conquistas materiales.

Como muy bien apostillaba el gran científico inglés sir Julien Huxley, resulta inexcusable comenzar a interrogarse sobre la validez de ciertos conceptos, como el de PNB, que consideran más importante, más *creativo*—desde el punto de vista de la acumulación de la *riqueza*—arrojar una bomba de napalm que asistir a un concierto sobre la música de Mozart. Estas dudas son las que pueden inducir al lector a preferir la lectura de *Manifiesto para la supervivencia* a la de *Una sola tierra*. La primera constituye quizá un hito en la historia de la civilización industrial; la segunda, en cambio, probablemente no sea más que un nuevo capítulo en la historia de una inservible burocracia. *JUAN CARLOS CURUTCHET (Alenza, 8. MADRID).*

ROSA CHACEL: *Desde el amanecer*. Ediciones «Revista de Occidente». Madrid, 1972.

«Cada día, señores, la literatura es más *escrita* y menos hablada. La consecuencia es que cada día se escriba peor, en una prosa fría, sin gracia, aunque no exenta de corrección, y que la oratoria sea un refrito de la palabra escrita, donde antes se había enterrado la palabra hablada. En todo orador de nuestros días hay siempre un periodista chapucero. Lo importante es hablar bien: con viveza, lógica y gracia. Lo demás se os dará por añadidura.»

Esto dijo don Antonio Machado en su *Juan de Mairena*, y, como ya es habitual, tenía razón. Y para corroborar esta razón vamos a referirnos a un libro en el que se nos habla bien, en el que se nos habla de tú, cordial y generosamente. Porque *Desde el amanecer*, de Rosa Chacel, es una ofrenda cordial, en la que la escritora nos